

Diario Información, 31-7-2017

Por Emilio Soler

Si alguien hace un viaje...

La imagen de España en los libros de los viajeros alemanes es una obra ambiciosa e interesante

Desde que en el siglo XV atravesara la península de cabo a rabo Jerónimo Münzer, ciudadano de Nuremberg, no han sido demasiado conocidos aquellos germanos que han visitado España a lo largo de estos seis siglos. Münzer, médico de profesión y espía de vocación, combinó su viaje por nuestro país con el pretexto de visitar la tumba del apóstol Santiago con la orden del monarca prusiano para entrevistarse con el rey de Portugal y negociar una secreta alianza entre ambos países ante el descubrimiento colombino de un Nuevo Mundo.

Las andanzas de Münzer a fines del XV, cuando la conquista del último reducto sarraceno de Granada se había hecho efectiva, describen no son tan sólo una serie de datos sobre economía (de Alicante alaba la cantidad de barcos que recalán en su rada para cargar su famoso vino) sino interesantes apuntes sobre la sociedad española de la época, especialmente cuando visita una Granada que, dos años después de su rendición, todavía continúa siendo una ciudad musulmana.

El libro de viajeros alemanes por España que hoy nos ocupa, debido al buen hacer de la profesora Friedrich-Stegmann. De ella, el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alicante había publicado anteriormente su trabajo dedicado al viajero alemán Christian Fischer, un visitante que a fines del XVIII viajó por España y que también prologó el profesor Martínez Shaw. En esta nueva entrega viajera la autora nos deleita con los recorridos de unos transeúntes teutones por la piel de toro, recordándonos que en la centuria dieciochesca nuestros más célebres visitantes de esa nacionalidad fueron los hermanos Humboldt, Guillermo (ver la edición de Miguel Ángel Vega) y Alejandro (trayecto del que se había hecho eco en su momento Irene Prüfer). Tanto Vega como Prüfer son profesores en el campus alicantino. Del paso por España de los Humboldt, Friedrich-Stegmann da cumplida cuenta y aporta algunos datos tan novedosos como interesantes.

Hiltrud Friedrich-Stegmann nos advierte que España no era en el siglo XVIII uno de los destinos preferidos por la nobleza o los intelectuales que buscaban nuevas sensaciones con el Grand Tour, pero sí fue un destino que diplomáticos, religiosos, militares, simplemente curiosos o comerciantes, incluidos vendedores de relojes de la Selva Negra, necesitaban cubrir con su presencia. La autora elige a un miembro de cada uno de estos grupos y los sitúa en diversos lugares de la geografía hispana. Así, el jesuita Johann Wolfgang Bayer llega a España como fase previa antes de marchar como misionero a Perú donde, entre otras cosas se dedicó al estudio y traducción de la lengua aymará. La expulsión de la Compañía ordenada por Carlos III hizo que a su vuelta pasara seis meses prisionero en El Puerto de Santa María.

Un teólogo protestante, Carl Christoph Plüer, fue nombrado en 1758 predicador de la embajada danesa en Madrid, estancia que prolongó durante siete años relacionándose

mientras tanto con la intelectualidad del momento. Se destaca su amistad con los valencianos Francisco Pérez Bayer y Gregorio Mayans, a quien visitó en su casa de Oliva. La relación entre Plüer y Mayans fue subrayada por el profesor Antonio Mestre, tan ligado a la Universidad de Alicante, «la pasión de Plüer por las cosas de España era grande y su curiosidad insaciable».

Un literato trotamundos que pasaba su vida entre Italia, Austria, Alemania, Francia e Inglaterra, Joseph Hager, dejó sus impresiones sobre España en su Viaje de Viena a Madrid en 1790, donde alaba los esfuerzos de Carlos III y de Floridablanca por modernizar este país, a pesar de los obstáculos. Nuevas construcciones y nuevas instituciones científicas en aquel Madrid del último tercio dieciochesco cubren las páginas de los ocho capítulos dedicados a España. Su relación con los botánicos Casimiro Gómez Ortega y Antonio José de Cavanilles le llevan a conocer y admirar el Jardín Botánico madrileño.

El comerciante Leopold Anton estuvo tres años en España y publicó sus experiencias en forma anónima en 1797. Y aunque no se distinguió como Christian August Fischer por un estudio teórico que bien probablemente no hubiera sabido hacer sobre la realidad española, su agudeza comercial le permite profundizar en el carácter de los españoles con los que trató: «noble y estimable, solidario y caritativo». El capítulo que dedica en su extensa obra a los hospitales madrileños es notable.

Un cirujano-barbero del ejército prusiano, Johann Friedrich Kessler, publica su estancia española en un libro que resulta mezcla de autobiografía y relato viajero, aunque probablemente no esté exento de alguna que otra ficción. Kessler narra cómo en 1775 resultó preso en Argel, de donde fue liberado por unos religiosos españoles, «bajo la condición de servir a la Corona española». Kessler, a su llegada a Barcelona, se alistó en un regimiento y desde allí describe las tropas españolas de la época y el ascenso a la gloria del valido Manuel Godoy; elogiando, muy especialmente, al soldado ordinario español, «acostumbrado a la escasez y a los trabajos duros».